

LUHMANN Y FREUD

APROXIMACIÓN INTEREPISTEMOLÓGICA ENTRE LA TEORÍA DE LOS SISTEMAS SOCIALES Y EL PSICOANÁLISIS

Luhmann and Freud
**inter-epistemological approach between the theory of social
systems and psychoanalysis**

MATÍAS QUINTANA

Licenciado en Psicología (UCA), especializado en Psicoanálisis. Maestrando en Ciencias Políticas y Sociología (FLACSO Argentina). Miembro del Equipo de Intervención Psicológica en Crímenes Graves (Gobierno de la Ciudad de Santa Fe).

El ser humano no es ya la medida de la sociedad; es necesario descartar esta vieja idea del humanismo (Luhmann, 1984: 221)

ABSTRACT

This article explores the possibility of establishing an inter-epistemological binding between the social systems theory of Niklas Luhmann and the theory of the psychism of Sigmund Freud, on two central points under which two converge: the pair Oedipus complex / socialization, and the pair Narcissism / autopoiesis. The aim is to give complexity to the simplified model that uses Luhmann psychic constitution, and to return Psychoanalysis theory to the pulse formalizing lost despite their origin in the neurobiology of the late nineteenth century, and which Luhmann's own theory is the result.

KEY WORDS

EPISTEMOLOGY – SOCIAL SYSTEMS – PSYCHOANALYSIS – UNCONSCIOUS – COMMUNICATION

RESUMEN

Este artículo explora la posibilidad de establecer un enlace interepistemológico entre la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann y la teoría del psiquismo de Sigmund Freud, en dos puntos centrales en las que ambas convergen: el par complejo de Edipo / socialización, y el par Narcisismo / autopoiesis. La finalidad es dar complejidad al modelo simplificado de psiquismo que usa Luhmann, y devolver al Psicoanálisis al pulso formalizador perdido a pesar de su origen en la neurobiología de finales del siglo XIX, y del cual la propia teoría de Luhmann es el resultado.

PALABRAS CLAVES

EPISTEMOLOGÍA – SISTEMAS SOCIALES – PSICOANÁLISIS – INCONCIENTE – COMUNICACIÓN

1. INTRODUCCIÓN

En este texto las palabras *sociología* y *psicología* harán referencia a la teoría de los sistemas sociales de Luhmann y a las teorías psicoanalíticas sin otras connotaciones y, con mayor especificidad, a los objetos que ambas estudian: el sistema social (concebido como sistema de *comunicación*) y el sistema psíquico.

Teniendo en cuenta las concepciones positivistas, neurológicas y físicas de finales del siglo XIX que están en su base, el psicoanálisis se debe a las ciencias naturales (1) tanto como la teoría de los sistemas sociales de Luhmann, la cual abreva de esa misma base pero en su versión revolucionada de mediados y finales del siglo XX. Con lo cual esas dos *epistemes* forman parte del mismo pulso filosófico que estructura lo que Max Weber describió como las Bases del Pensamiento Occidental (1905), pulso que incluye la fundamentación matemática, la demostración racional, las bases biológicas, el pragmatismo tucidiano y la sistematización aristotélica. Para una comprensión acabada de lo que significa la adscripción del Psicoanálisis a ese pulso filosófico debe estudiarse la obra *Proyecto de psicología para neurólogos* redactada en 1895, pero publicada de forma póstuma recién en 1950.

La concepción sistémica derivada de Luhmann, permite pensar las formas en que una ciencia puede operar con los conceptos de otra, siempre y cuando esos términos sean traducidos al nivel de abstracción al cual los sistemas pertenecen. De modo que si el sistema psíquico y el sistema social, pertenecen a la categoría de *sistema*, lo que se descubra para ese nivel, vale para los dominios pertenecientes al mismo.

En general, la impresión que tengo es que, en ese sentido, descripciones realizadas por Luhmann o Freud al nivel de sus sistemas, parecen propiedades sistémicas generales particularizadas. De modo que si, por ejemplo, Freud describe para el sistema psíquico la propiedad *inconciente*, esa propiedad tal vez no sea inherente solamente al ámbito de lo psíquico, sino que, en lo psíquico, sería la plasmación de un operador sistémico de mayor nivel de abstracción, que en la mente opera como inconciente pero que también tendría su equivalente en el resto de los sistemas. Cuando desde la psicología se observa sin esa clave a la sociedad, se incurre en lo que para mí es un error epistemológico grueso, a saber: la formulación de un inconciente social o de un aparato psíquico grupal, acciones que resultan en una subjetivación de lo social, que hacen perder de vista la especificidad su especificidad que, justamente, es su funcionamiento ajeno al dominio subjetivo. La sociedad no es subjetividad ni, como Luhmann lo expresa, es la una sumatoria de individuos. La teoría sociológica de Luhmann tiene la ventaja de estar formulada en un principio teórico que se resiste a la humanización de lo social, objetivándola a través de un proceso de decodificación en términos sistémicos.

A pesar de los debates epistemológicos sucedidos durante el siglo XX —principalmente la discusión positivista— la pulsación epistemológica señalada anteriormente parece seguir vigente, sobre todo en lo que respecta a la fundamentación matemática, y de la que sin embargo tan lejos parecen hallarse las llamadas ciencias humanas y sociales. Esta lejanía probablemente esté en el prejuicio humanista y en la resistencia a la formalización matemática que deriva del mismo, como si ello significara *a priori* un

ataque contra la humanidad. Sucede que un principio moral de preservación de lo humano –totalmente legítimo por cierto— pierde toda legitimidad en el campo epistemológico.

El valor de las teorías de Luhmann y Freud está en que no pierden de vista la necesidad de formalizar observaciones extremadamente complejas sobre los dos objetos más difíciles de la ciencia, como son esas dos mega abstracciones que se denominan *sociedad* y *psiquismo*. Luhmann y Freud trabajan en la base de sustentación epistemológica de esos conceptos, tratando de formar teorías autorreferenciales y autocontenidas, pero que están originalmente apoyadas en la vanguardia de las ciencias formales y naturales de su época.

Cuando los objetos de estudio son sociedad o psiquismo, no parece difícil trasvasar los límites de la vanguardia teórica naturalista, dado que son objetos que evolutivamente están en un proceso de continua complejización y, además, se sitúan por fuera de la teorización naturalista. Por ese motivo no hay una teoría físico-matemática de la mente, no porque sea teóricamente imposible, sino porque la matemática no puede ir más allá de ella misma desde sí misma. Las dos teorías que analizamos son pues ordenadoras de la nebulosidad epistémica que regía previamente a ellas, operando, aunque más no sea mínimamente, con las ciencias naturales y formales, pero desde lo que es su entorno, su límite.

Luhmann deshumaniza la sociología al desplazar al *hombre* del centro de la sociedad, poniendo en su lugar a la comunicación. Freud desplaza a la conciencia del centro de lo psíquico, introduciendo en la antropología al inconiente. Pero Luhmann, aun conociendo su existencia, no utiliza esa base antropológica freudiana, sino que permanece dentro del conciencialismo. Por eso la idea es avanzar por ese camino no recorrido.

Teniendo en cuenta un potencial y una carencia observadas en la Sociología y la Psicología, voy a efectuar un entrecruzamiento o, como preferiría llamarlo, un enlace interepistemológico entre potenciales de abstracción, tratando de que la clave de interpretación se sitúe lo más cerca posible del nivel sistémico al que psiquismo y sociedad pertenecen. Para ir directamente al grano, el potencial de la teoría de Luhmann es la formalización de un concepto de sociedad construido sobre desarrollos sistémicos de avanzada, pero en clave anti-humanista, es decir, con la decisión de evitar pensar lo social en función de lo humano. La carencia es que es que incurre en una concepción superficial del sistema psíquico, que queda reducido a los procesos de conciencia, sin tener en cuenta que el aparato de comunicar las comunicaciones es irreductible a la conciencia.

Por su parte Freud tiene su potencial donde Luhmann flaquea, porque pergeña una teoría del sistema psíquico segregando al Ego y a la conciencia a dominios limitados de la *psiqué*. Las resultantes son segregadas en procesos mucho más complejos y contingenciales. Esto fue posible porque la base filosófica de Freud, además de naturalista, era netamente anti-conciencialista, rescatando un filo de tradición que desde Sócrates hasta Schopenhauer y Marx, de alguna forma había permanecido inmune al conciencialismo cristiano. Pero en el momento de elaborar la teoría del anclaje intersubjetivo y del drama social del sujeto, es decir, en el momento inevitable de incursionar en el campo social, y por último, de explicar la constitución del Ego en función de una relación primigenia (identificación primaria) con ese campo, Freud recurre, respectivamente, a dos relatos míticos que son Edipo y Narciso.

La inclinación romántica por la literatura griega no puede explicar el hecho de que la intelectualidad de un neurofisiólogo se fugue hacia el mito, usándolo como modelo formador de observaciones empíricas relacionadas con la constitución del psiquismo. Lo propio podría decirse respecto del origen del contrato social a través del relato de la horda primitiva, en el que Freud se ve impelido a imaginar una instancia, reconstruir un momento, inventar un mito. Freud recurre al mito como principio de

explicación o, mejor dicho, encuentra en esos relatos un dato que decodifica al servicio de la formalización de su teoría que, a pesar de todos los esfuerzos, queda igualmente organizada, en dos puntos centrales, por el mito. El uso del mito como un modelo orientativo en la aclaración teórica de enigmas profundos básicos, puede ser una instancia en el proceso de desarrollo de una teoría, pero no una línea de llegada. El psicoanálisis tiene que lograr describir esos términos en un nivel de abstracción sistémica mayor. No caben dudas de que Lacan ha avanzado en ese sentido a partir de la vanguardia ideológica de su época. Me pregunto cuál es la frecuencia en la que actualmente vibra el pulso filosófico descrito por Weber como bases del pensamiento occidental.

El mayor grado de abstracción que requiere el inconciente como objeto del Psicoanálisis parece haber requerido del mito. Pero el exceso de autorreferencialidad teórica que hoy se produce, deriva en un exceso de sentido hacia adentro, que solo puede ser absorbido en el interior de la propia teoría con mayor complejización, incurriendo en nuevas observaciones sobre el mito e infringiendo el principio de comunicabilidad científica. La ciencia no es sólo hacia adentro de la ciencia, la ciencia es básicamente hacia afuera, es consenso. La idea en este artículo es intentar lateralizar ese exceso hacia teorías paralelas potencialmente afines con el Psicoanálisis.

La captación teórica del sistema psíquico que el psicoanálisis explica, se obtiene sólo a través de un largo rodeo en torno a un objeto por principio inasible (el inconciente), cuya comprensión teórica, luego del contacto empírico con su realidad, requiere una frecuencia cercana a la reflexión matemática. Pero lo que quiero destacar es que esa teorización abstracta sobre el inconciente cuyo cálculo se realiza con términos formales construidos en el seno de la metapsicología, ocurre en el interior de una relación comunicacional. Esto significa que la base positiva que sostiene a la teoría mental es, en realidad, el objeto que Luhmann propone como base elemental de la sociología: la comunicación. Pero no nos adelantemos a lo que vendrá.

La primera parte del artículo, presenta un esbozo general de los puntos de contacto epistemológico que me interesa dejar planteado entre las teorías de Luhmann y Freud. La segunda parte, especifica esos contactos tratando de mostrar que la complejización del concepto de sistema psíquico de Luhmann y la formalización del Complejo de Edipo y del Narcisismo, alcanzan a los elementos fundamentales de cada sistema teórico. Por último, en la tercera parte expongo lo que considero la resultante interepistemológica de la aproximación ensayada.

2. GENERALIDADES INTER-TEÓRICAS

2.1. Objetos inter-teóricos.

Digámoslo de entrada: el objeto contra el cual el psicoanálisis calcula el psiquismo que estudia, es un *sistema social* que denomina *complejo de Edipo*; y el objeto contra el cual la sociología define a los sistemas sociales es el *sistema psíquico*. Ambas teorías están epistémicamente entrelazadas, pues concurren en las mismas bases teóricas, pero de forma invertida. El *sistema social* freudiano es un objeto legítimo de la Sociología, y al *sistema psíquico* luhmanniano de la Psicología.

La pregunta que se hará el sociólogo es si el psicoanálisis lleva ínsita una teoría de la sociedad, a lo que hay que responder que sí, efectivamente. Por un lado, la sociedad es el desagote de un embudo clínico que parece ineludible: una y otra vez la experiencia clínica con pacientes verifica que el proceso de rememoración está como gravitacionalmente atraído hacia los rastros dejados por las experiencias comunicacionales acaecidas en el núcleo familiar. La fuerza de esa atracción se corrobora,

fundamentalmente, cuando el Ego opone una resistencia directamente proporcional a la intensidad de esa suerte de imán. Esta evidencia condujo al psicoanálisis a desarrollar teóricamente el fenómeno, dándole un estatuto teórico primordial al anclaje social del sujeto, teoría que encontró su lógica en el mito de Edipo.

Si la cuestión del drama social del sujeto no fue dejada en manos de la ciencia competente en la materia, esto es la sociología, fue porque alrededor del 1900 la Sociología venía como rezagada en la comprensión de su objeto, más concentrada en cuestiones de política, economía o teoría general del funcionamiento social, que en cuestiones de sociología profunda. Entonces fueron las deficiencias teóricas que la Sociología tuvo en relación a la definición de su objeto, lo que llevó originalmente a Freud y a sus sucesores a tomar posición epistemológica frente al problema del contrato social y al papel fundante de la sociedad en relación al origen de la mente. Esto sucedió por evidencia empírica ya que la consciencia en *asociación libre* se remite continuamente contra un sistema inconsciente, cuyo psicoanálisis remite, una y otra vez, a la observación social que lo funda y que permanece, por lo general, como un núcleo duro irreductible a la consciencia o, lo que es lo mismo, como un potencial de observación irreductible a la observación, y cuya sucesiva observación termina produciendo mayor complejidad de un lado (el de la consciencia) y mayor potencial de negativización del otro (el entorno). A la vez, cuando se analiza una sociedad, aparece una y otra vez, un sistema psíquico individual como unidad significativa de base, al menos como aparato del comunicar. Por eso el psicoanálisis evolucionó con un ojo puesto en el individuo (Ego) y el otro en la sociedad (sistema edípico en tanto sistema de comunicación).

De la misma forma un psicólogo se preguntará si la sociología incluye una teoría del psiquismo, a lo que hay que responder que sí, que efectivamente la teoría de Luhmann y en general cualquier ciencia social parte de presupuestos más o menos formales acerca del funcionamiento del sistema psíquico. No es difícil corroborar que cualquier teórico de la Sociología, la Economía o las Ciencias Políticas parte de premisas que, reconocidas o no, aluden a una determinada concepción teórica de la psicología del individuo, de la que hacen derivar sus ideas. Así, sin especificación y de modo muchas veces ingenuo, se utilizan una serie de conceptos como consciencia, motivación, valores, moral, creencia, poder, etc., que no siempre son tratados con la complejidad que merecen y, en cambio, se los mantiene en su acepción vulgar o filosófica, incluso a veces conservando atávicas concepciones procedentes de siglos pasados. Muchos de esos presupuestos se dan por las narices contra los descubrimientos psicoanalíticos.

Esta empresa de relacionar dos teorías, puede ser en principio desalentadora para un psicoanalista, debido a la casi total ausencia de referencias al Psicoanálisis en el libro de Luhmann que usamos de base. El índice analítico de *Sistemas sociales* no indica ninguna referencia explícita al psicoanálisis; y se cuentan sólo dos referencias directas al concepto de inconsciente. Pero esas referencias no son necesariamente detractoras del inconsciente, y no encuentro, en principio, obstáculos epistemológicos para su introducción al nivel sistémico de la teoría. Hallé sí, una alusión en la que Luhmann toma posición frente al Psicoanálisis:

La observación de los sistemas psíquicos no necesariamente implica la observación de su consciencia, como en general, de una manera irreflexiva, se cree; a las observaciones que establecen esta referencia por lo común se les señala como “comprensión”, pero una comprensión que se orienta por la diferencia consciente/inconsciente es un caso especialmente raro y pretencioso que depende particularmente de una teoría (Luhmann, 1984: 271).

Por lo tanto Luhmann pensaba que la teoría psicoanalítica es una empresa rara y pretenciosa, en tanto se registra en un intento de *comprensión*, derivándose la teoría de ese esfuerzo. Sin dudas tenía razón, el psicoanálisis tiene la pretensión de comprender aplicando la diferencia sistémica conciente/inconciente, dependiente de la metapsicología, pero ello no es razón para aislar a una teoría. Con esa omisión conciente Luhmann perdió en complejidad, y el psicoanálisis en interdisciplinariedad. Pero a los fines específicos del presente texto, evitaremos hacer una interpretación poco benévola de la ausencia de un capital de referencias mínimamente exigible a un autor como Luhmann. Presupondremos además –para quitarle peso a esa crítica—que esto es algo propio de las ciencias naturales en general y que, en particular, es una omisión que la teoría de los sistemas arrastra desde Ludwig von Bertalanffy y, más precisamente, consideraremos, con Foucault, que ello es efecto de una operación epistemológica generalizada que rechaza *de facto* al concepto de inconciente (2) Abriremos, por último, la *expectativa* (3) –en el que quizás sea el más ficticio argumento—de que Luhmann poseía un secreto aprecio por lo que la teoría del Psicoanálisis tiene de formalización abstracta y descomunamente anti-humanista del concepto de *sistema psíquico*.

Luhmann y Freud coinciden en su resistencia a hacer gravitar al individuo como concepto central de sus sistemas, y lo que usualmente se entiende como hombre, persona, individuo o conciencia, son mantenidos en los márgenes de sus teorías.

Los teóricos de la psicología encuentran así un cuestionamiento de la propia teoría, y los de la sociología un aporte al entendimiento más profundo del proceso de socialización, tan caro al origen de los sistemas psíquico y social en la teoría de Luhmann. A partir de ello, continuaremos en la siguiente pregunta: ¿Qué sucede si se hace funcionar conjuntamente en algunos puntos a la teoría de los sistemas sociales con el Psicoanálisis y cuál es la matriz que lo posibilitaría?

2.2. Formación de la matriz inter-epistémica.

Desde el punto de vista epistemológico de la diferencia sistema/entorno (4), el sistema teórico psicoanalítico alcanzó un grado de complejidad y abstracción tal que lo hace capaz de penetrar y/o acoplarse a otros sistemas teóricos, para abordar entornos mucho más complejos que los que permiten su desarrollo inicial. La teoría de los Sistemas Sociales puede ser observada desde el psicoanálisis y viceversa. No sucede lo mismo en otros casos en los que la inter-observación no es posible. Por ejemplo, el psicoanálisis puede ampliar a la medicina, pero la medicina no puede hacer lo propio con el psicoanálisis sin quitarle complejidad. El objeto epistémico psicoanalítico se sitúa en un nivel de abstracción mucho mayor, que abarca al cuerpo. La matemática, si se quiere la disciplina que se sitúa en el máximo nivel de abstracción, puede observar al psicoanálisis, pero lo inverso no es posible por la asimetría epistémica en la que están planteados los términos.

Con Freud podemos operar la complejización del concepto de comunicación de Luhmann, trasladando al complejo de Edipo a la posición epistémica de sistema social originador y socializador del sistema psíquico. Se brinda así a la sociología el sistema social que el psicoanálisis teorizó para dar cuenta del origen del sistema psíquico que estudia (5).

Por su parte, la sociología de Luhmann puede desmitificar aspectos centrales de Freud, devolviéndolo a su fuente epistemológica, que son las ciencias naturales. El concepto de inconciente puede restituirse así a un plano de formalización abstracto no-humano, extirpándolo del psiquismo en su formato antropomórfico de *inconciente individual*, y de la sociedad en su formato de *inconciente colectivo*, con todas las malformaciones antropocéntricas que ello implica. Si apenas algunos siglos atrás comenzó el

rechazo al animismo como principio explicativo de los fenómenos, no tardará mucho tiempo en que el *hombre como* centro explicativo de las ciencias sociales será considerado una impostura gnoseológica, de allí la dificultad de sostener un concepto como el de ciencias humanas en el que el concepto de *humano* no aporta a la explicación y al entendimiento de lo que se quiere estudiar.

Por otra parte, si bien es probable que algunos psicólogos se incomoden ante las reminiscencias no referenciadas que padece el texto de Luhmann, probablemente esos ecos sean ecos de *propiedades sistémicas* generales, observadas en los sistemas psíquicos en especial, que los psicoanalistas han descrito mediante la epistemología, a veces zanjando con mitificaciones, vacíos conceptuales propios de la sociología. Me refiero específicamente al vacío sociológico en relación al papel fundante del sistema social en la originación del sistema psíquico, vacío que en Psicoanálisis fue cubierto a través del mito de Edipo (6). Y me refiero también al vacío en relación a la resultante autopoiética de esa originación, que es el sí-mismo, el *ego* y la conciencia, que el psicoanálisis zanjó a través del mito de Narciso (7).

En otras palabras, el objeto que surge a partir de esta práctica de inter-observación, es el *sistema social* ínsito en el psicoanálisis de modo de proceder a su formalización a través de Luhmann y, por otro lado, dilucidar la teoría psicológica ínsita en la teoría de los sistemas sociales, a fin de complejizarla a través de la metapsicología. Se aspira a alcanzar así, lo que llamaremos un esbozo de complejización inter-epistemológica (8).

Para proceder sobre estos inter-elementos teóricos compartidos (Edipo como sistema social originador básico y Narcisismo como proceso autopoiético originador del Ego), es fundamental considerar la noción de elemento que tiene Luhmann:

El concepto de elemento indica lo que para el sistema es una unidad sin posible descomposición ulterior, precisamente elemental. Por un lado, cada elemento es tal sólo relativamente a un sistema y no existen elementos sin para el cual sean tales. Por otro lado, cada elemento existe sólo en relación con otros elementos y lo que lo constituye es entonces precisamente la diferencia y conexión entre elemento y relación.” (Corsi y otros, 2001).

Cabría agregar que, por más que un elemento sea una unidad para un sistema, ello no significa que sea una unidad para otro. Por otro lado, la base de la autorreferencialidad de los sistemas que tienen esa propiedad está dada a partir de la capacidad de sus elementos de realizar selecciones de contacto consigo mismos, o con alter elementos que los espejen propiciando la autopoiesis, pero siempre en el horizonte de algo contra lo cual se opere una diferencia sistema/entorno. Como lo expresa *Luhmann en Observaciones de la modernidad*: “la autorreferencia sólo es posible como forma si hay algo de lo que se puede distinguir, es decir, una referencia ajena” (33).

Para seguir avanzando, en psicoanálisis encontramos algunos elementos pensados desde el inicio con esa propiedad sistémica autorreferencial que describe Luhmann, por ejemplo, la representación de Freud o el significante de Lacan. En Freud, una representación puede constituir sistema sólo con otras representaciones a través de sus nexos o vías de contacto, siempre y cuando las vías de selección estén disponibles. La indisponibilidad de esas vías es lo que funda la diferencia conciente/inconciente. Así mismo cuando una representación establece nexo con un sistema del entorno (por ejemplo el cuerpo), se da un fenómeno de *penetración* de lo psíquico en lo somático en donde el contenido psíquico se plasma en la biología, es decir, se traduce a los términos de otro sistema. La enajenación entre el efecto

somático y su causa física, es la plasmación intersistémica de la diferencia conciente/inconciente. Toda la abstracción psicoanalítica es un sistema de observación ideado para detectar esas causalidades.

Cada representación a su vez presenta un potencial de selección, es decir una serie de vías de conexión que se ofrecen a la observación. El sistema psíquico y, particularmente el Yo, se forma por la recurrencia de selección de las vías facilitadas. Los contactos de representación a representación no son unitarios, sino que pueden ser múltiples, sucesivos y recursivos investimentos (observaciones) sobre otras u otras representaciones o sistemas de ellas, abriéndose así el camino a la *simbolización*. También en Lacan, el significante –análogo lingüístico de la representación freudiana— sólo puede remitir a otro significante, y en ese proceso de sucesivas y recursivas remisiones emerge la significación como un *quantum* de potencial de remisión. Pero también hay elementos que en psicología no son autorreferenciales ni meramente psíquicos, tal es el caso de la pulsión (hambre, sed, respiración, erotismo), que es una emisión energética corporal, que irremediabilmente penetra al psiquismo y, por su medio, se dirige al exterior, hacia una descarga en el sistema social, donde presuntamente hay madre, leche, caricias, y siendo así motor de la comunicación. Pero en determinado momento, al cruce de la pulsión aparece en el sistema psíquico un sistema de elementos con capacidad autopoiética, que hacen recircular el flujo energético a través de sí mismo. Este logro evolutivo del sistema psíquico se logra en el espejo de la *comunicación* como sistema autorreferencial que opera como entorno referencial contra el cual el sistema psíquico se diferencia por auto-socialización.

Lo que quiero señalar a propósito de Luhmann, es que esta comunicación fundante del psiquismo, denominada por la metapsicología identificación primaria, se da en un sistema comunicacional, que ciertamente no es un sistema basado en el reconocimiento, sino en el más puro desconocimiento por parte del psiquismo de la trama comunicacional que lo entorna.

Sea como sea, cuando la energía pulsional recircula por las representaciones psíquicas autopoiéticas que le salen al cruce, se sintetiza un núcleo energético/representacional autopoiético que se denominará Ego, base de la conciencia. Como veremos más adelante el ego es una instancia del sistema psíquico, con cualidad polarizadora, pero no la única instancia. Con estas sucintas indicaciones que no pretenden ser cerradas ni perfectas, intento simplemente mostrar la posibilidad de diálogo entre las dos teorías, una que si bien surgió de la neurofisiología (el psicoanálisis) ha quedado autocontenida, y otra que habiendo nacido de la revolución pos-relatividad y cibernética, tiene un alto potencial heurístico.

2.3. Concepto de comunicación en Luhmann.

Según Corsi, la comunicación es un acontecimiento de unidad indisociable que supone el mutuo reconocimiento, entre A y B, de tres aspectos:

- i. el acto de emitir (A y B reconocen que A emite),
- ii. la información que se emite (A emite *información* es decir, un elemento significativo),
- iii. el entendimiento (B acepta la información que A emite).

Si alguno de estos tres aspectos fallan, no habrá comunicación. Luhmann considera que la comunicación como comprensión es un acontecimiento improbable, pero que sin embargo el lenguaje facilita la emisión, los medios de difusión facilitan la llegada y los medios de comunicación simbólicamente generalizados facilitan la aceptación.

Es llamativo cómo Luhmann, además de reducir el psiquismo a la conciencia, reduce además al lenguaje a medio emisor, dos aspectos que contrastan con la psicología, donde el lenguaje es un sistema estructurador y polarizador de la subjetividad.

Sin embargo, en Luhmann la comunicación se da si y solo si un observador reconoce los tres actos:

A emite → una información que → B entiende.

El reconocimiento, la información y el entendimiento, no implican para Luhmann comunicación entre conciencias, es decir, comprensión o entendimiento por parte de uno u otro de aquello que emiten, o por qué lo emite, o para qué lo emite (9).

Tampoco hay certezas, por parte de ninguno si el otro lo comprendió, por más de que cualquiera tenga la expectativa de que así ha ocurrido. Por eso para Luhmann la comunicación sólo se da en el registro de dos cajas negras que sólo se reconocen el acto de comunicar al nivel de la emisión o de la captación. Para el psicoanálisis también es así, con la diferencia de que la caja negra es también una caja negra para sí misma, es decir, no hay conciencia de lo que se emite, o sólo hay un saber conciente efímero sobre ello.

Volviendo a Luhmann la comunicación se estructura en el reconocimiento del acto de comunicar, pero dislocada del registro mutuo del contenido y las intenciones de lo comunicado. Y también descentrada del sistema simbólico como factor dominante en la comunicación. Entonces la comunicación acontece como un tendido entre sistemas de conciencia, que por intermedio de *selecciones entre quantums de contacto potencial*, seleccionan una opción y comunican en esa diferencia, pero el valor sistémico del enlace producido, así como su valor semántico local, son inobservables.

La expresión “solo la comunicación comunica”, significa que es autorreferencial, que sólo puede remitir a sí misma, esto es, a otra comunicación. Una comunicación que no logra reproducirse, no es comunicación. La comunicación remite a otra comunicación por medio del mismo proceso de selección de estados sistema/entorno que efectúa el sistema psíquico para formarse. De esta forma, sobre la base de la conciencia como selector ciego pero con expectativas, y del lenguaje como medio emisor, Luhmann considera a la sociedad como sumatoria de todas las comunicaciones posibles. Pero a diferencia del psicoanálisis, esas comunicaciones se dan entre conciencias, en una observación un tanto simplista de la complejidad del aparato del comunicar.

2.4. Observaciones psicoanalíticas de la teoría de la comunicación de Luhmann.

El psicoanálisis ofrece una explicación sistémica de la constitución del psiquismo por intermedio de una *comunicación primaria* que, a todas luces, es una comunicación que instituye al sistema psíquico en la dimensión de la simbolización y de la significación. Con lo cual, ya de entrada, el lenguaje en una concepción muy compleja que incluye su formación, no es un simple medio, sino que es la sustancia que sirve a cierta edificación.

El niño, desde el primer reconocimiento auditivo de los fonemas maternos, acopla su propio balbuceo a ese eje melódico primario, con el cual intenta ponerse en frecuencia. Hay pues un intento de modulación y sintonización primordial, que está en la base de la formación psíquica.

Lo que el psicoanálisis observa de la comunicación, lo observa en el sistema social que engendra al psiquismo, es decir en esa relación comunicacional descripta. Con lo cual, esta teoría psicológica se

elaboró en la observación, para Luhmann pretenciosa, de los efectos estructurantes que la comunicación tiene sobre el arco reflejo o sistema captador de estímulos y emisor de respuestas.

El psicoanálisis reconoce comunicación antes de que emerja el Ego y la conciencia, instancias que posibilitan los procesos de conciencia. Observa también que la comunicación es creadora de las instancias nucleares y autopoieticas que desde el psiquismo luego reproducirán más *comunicación*. Esto conduce a la necesidad de introducir en el proceso de comunicación, la dimensión de lo que se comunica a instancias de la ausencia de autopoiesis y núcleo yoico. En otras palabras, creo que es posible formalizar al complejo de Edipo y al Narcisismo, lo que supone su desmitificación y su anclaje a una teoría sociológica formal.

En ese sentido, el Psicoanálisis ofrece una visión de un sistema social inter-penetrado con el psiquismo a través de al menos dos anudamientos precisos que realizan esa interpenetración, que son la diferencia consciente/inconsciente o yo/otro, cuyas existencias son simultáneas en los dos sistemas psíquicos que se comunican.

Luhmann observa que entre Ego y Alter se establece la comunicación, y que ambos son entorno del sistema social que por sumatoria de comunicaciones se forma. Pero el Psicoanálisis observa –sin negar a Luhmann—que Yo y Otro son dos sistemas psíquicos irreductibles a simples unidades de conciencia, reproduciendo en cada uno la diferencia Yo/Otro que los funda, que en términos psíquicos se expresa como la diferencia consciente/inconsciente..

La misma teoría freudiana recoge en sus modelos de aparato psíquico esa diferencia: el primer modelo se basa en la diferencia inconsciente/consciente; el segundo agrega la diferencia ello/yo, y cualquiera de esos modelos se constituye en el interior de un sistema social compuesto por tres funciones: ego, alter y un tercer lugar especular diferencial que permite la autopoiesis.

El sistema psíquico se constituye así a partir de dos elementos que forman dos núcleos mutuamente penetrados: consciente/inconsciente, yo/otro, ello/yo, o cualquiera de los formatos que adopta esa diferencia en las teorías. Sin embargo Luhmann reduce al sistema psíquico únicamente a los procesos de conciencia. ¿Por qué?

Imaginemos a un soñante al que repentinamente suena el despertador matinal; éste en vez de despertarse, incorpora el estímulo sonoro a su sueño, transformándolo en el timbre de una casa y elaborando a partir de eso una escena onírica. Por parte del soñante, habrá habido captación del estímulo, es decir un puro *input* al aparato psíquico, pero no reconocimiento consciente del estímulo, es decir, el Yo del soñante no se reconoce en el acto de escuchar el estímulo, porque por efecto del dormir se encuentra fuera del dominio de la conciencia. En ese dominio rige un tercer lugar de observación, que es el lugar del yo reconociendo-se en el acto del *input*. En el ejemplo, el *input* habrá operado de todas maneras como signo intra-psíquico, remitiendo a otro signo y desencadenando una escena ideativa sin intervención de la conciencia en el sentido expuesto.

Probablemente Luhmann equipare la conciencia al *puro input*, pero en Freud la conciencia no es sólo Percepción-conciencia, sino que la complejización intrapsíquica efectuada en función del flujo comunicante, permite una comprensión de la conciencia en un sentido mucho más evolucionado. En el sentido del puro *input*, una planta, un termómetro o una máquina, también tienen “conciencia”. Pero en ningún caso tienen conciencia de sí, lo cual es un proceso autopoietico extremadamente complejo en términos de sistema.

Por eso no podríamos decir que el soñante del ejemplo reconoció conscientemente el estímulo del despertador sino que, por el contrario, en virtud de una operación contraria, es decir, el desconocimiento del estímulo, lo transformó, a pesar de todo, en *información*. Todo esto a espaldas de

la *conciencia de sí* propiamente dicha. Gracias a esa operación el soñante del ejemplo, pudo seguir durmiendo por horas, despertarse luego sin percatarse de lo acontecido, o recordar tan solo que soñó con una casa en la que tocaban timbre.

Pues bien, ese mismo proceso acontece también en la comunicación que forma a la sociedad. Desde este punto de vista de sociología profunda no hay ni siquiera, como pretende Luhmann, comunicación entre conciencias. Hay comunicación, sin dudas, pero entre sistemas psíquicos irreductibles a los procesos de conciencia.

De modo que en la autorreferencialidad de la comunicación social, hay una carga informativa que constantemente se reproduce autopoieticamente en cada acto de comunicación, haciendo del sistema social una estructura humanamente inconcebible y absolutamente irreductible a la conciencia.

Las consecuencias de esto inquietan un poco a ciertas concepciones, principalmente al hombre como centro (incluso de lo social). La naturaleza de lo social es tan indomeñable para el individuo, como cualquier otra fuerza que lo excede, tomemos por caso excesivo, el movimiento inter-planetario. Pero esta irreductibilidad de ninguna forma atenta contra la posibilidad de formalización racional de esos fenómenos: “No se trata de emancipación hacia la razón sino de emancipación de la razón, y esta emancipación no se puede perseguir, sino que ya ha ocurrido” (Luhmann, 1984: 41). Cabría pensar que la emancipación de la razón supondría la necesidad de tipificar de qué razón estamos hablando. Considero que en esa cita, Luhmann se refiere a una tipología de la razón que remite el sentido de las observaciones en función del centro lógico observante, que sería el hombre. Pero no todo lo que sucede en lo social es *para* el hombre, lo social no es el hombre ni tampoco es *en función* del hombre o de sus fines. Incurrir en ese error es extraviarse en el camino que conduce a la comprensión de cómo funciona la sociedad. Afortunadamente hay ciencias más evolucionadas, como la Astronomía, que ya se han emancipado del humanismo, ya no reducen lo que observan a ese centro antropológico, lo que no significa que en su origen no lo hayan hecho, ni tampoco que no reconozcan que el observador es siempre un centro antropológico y, muchos menos todavía, no desprestigian con sus observaciones la dignidad humana. Son disciplinas que cumplieron el ciclo completo exigido por la secularización y se rigen, por lo tanto, por el pulso filosófico expresado por Weber y que no casualmente tuvo su origen en un momento del pensamiento griego cuyo centro no era el hombre. No sucede lo mismo con la Sociología y la Psicología que, debido a su evidente juventud, no han completado ese ciclo. Sin embargo Max Weber parece aceptar como inherente de la sociología esa característica epistemológica, al reconocer la dificultad de separarse de los valores, no así Freud y Luhmann que hacen un esfuerzo de otro orden.

Se abre así la posibilidad de considerar que cuando la comunicación se produce por la vía del reconocimiento, es comunicación en sentido estricto, pero cuando se produce por la vía del desconocimiento, también se produce una comunicación, es decir, un contacto que opera conforme a las reglas del sentido entre elementos (Luhmann), del significante (Lacan) o de la representación-neurona (Freud), pero siempre a espaldas del reconocimiento, y a pesar de todo produciendo información, información dislocada, es cierto, y por lo tanto información ínsitamente polarizadora y superpuestamente entrelazada con la comunicación procesada por la conciencia. Por eso no se trata de negar la descripción que Luhmann hace de la comunicación, sino de polarizarla, superponerla y entrelazarla en una inter-entornación, con la descripción de la comunicación que deriva de Freud.

2.5. Sistema social complejizado.

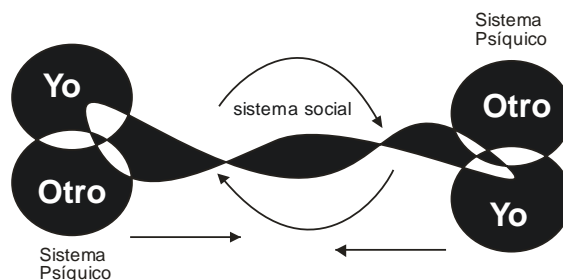
La complejización del sistema psíquico luhmanniano que intentamos señalar a partir de Freud, complejiza exponencialmente a las comunicaciones y, por consiguiente, al concepto luhmanniano de sociedad. Este concepto, que ya en sí mismo es un recorte inconcebible de una realidad brutal por el grado de complejización que proyecta, queda complejizado a la enésima potencia en función de la complejidad del sistema psíquico. Veamos por qué.

La aplicación de la diferencia consciente/inconsciente que el psicoanálisis aplica sobre el sistema psíquico, complejiza la comunicación, porque la disloca también a partir de esa diferencia. Esto no es ninguna novedad en el universo teórico autocontenido de la metapsicología psicoanalítica, pero en el campo sociológico es una diferencia totalmente inaplicada, pero intuida por al menos dos pensadores del siglo XIX, Marx primero para la sociología, Freud después en sus textos sociológicos. Dicha diferenciación es el equivalente estructural de la misma diferencia que disloca al sistema comunicacional edípico (socialización) que origina al psiquismo. De esta forma la comunicación como fundante del sistema psíquico, complejiza al proceso de socialización de Luhmann y al sistema psíquico resultante, mediante el cuadrado de la diferencia, elevada al cuadrado de la autopoiesis de cada sistema.

El sistema social así entendido, es la sumatoria de todas las comunicaciones posibles (hechas y no hechas) entre dos sistemas psíquicos que están formados por una unidad de entornos creados por la diferencia consciente/inconsciente, unidad que a su vez espeja la estructura social (comunicacional) que la forma. Todo esto elevado al cuadrado de la autopoiesis de los dos sistemas integrantes, que además de auto-observarse, se observan mutuamente, se realizan mutuas selecciones de contacto. Esto significa que el *sistema psíquico* reproduce en sus elementos la diferencia yo/otro de la comunicación (sistema social) que es su entorno, el cual reproduce la misma diferencia del entorno del sistema social, que es el sistema psíquico. En el interior del sistema psíquico, esos dos núcleos funcionan bajo la diferencia sistema/entorno, siendo dos sistemas penetrados que se inter-entornan.

El sistema psíquico se forma en función de una socialización estructurada por intermedio de emisiones de comunicación que ya de por sí portan las huellas de la bi-nuclearidad psíquica que las emite, y de la autopoiesis que las reproduce. El sistema psíquico se eleva así como el equivalente de la comunicación que lo forma, y se hace a sí mismo condición de reproducción autopoietica de la comunicación bajo ese mismo formato de bi-nuclearidad: auto-crea los elementos que la forman, que a su vez crean al sistema que lo forma. Es muy simple y tautológico: el sistema psíquico crea al sistema social que crea al aparato psíquico o el sistema social crea al sistema psíquico que crea al sistema social. Esa es la interpenetración que funda la co-evolución de los sistemas psíquico y social descrita por Luhmann. Tautología irresoluble en los términos expuestos y que, por lo tanto, exige su abstracción.

En palabras distintas: el sistema psíquico es una unidad de entornos que se excluyen y segregan mutuamente. La sociedad como sumatoria de todas las comunicaciones posibles reproduce esa complejidad en cada sistema psíquico que produce, y cada sistema psíquico producido re-complejiza la comunicación.



En el esquema, la concepción complejizada del sistema psíquico, presupone la producción de una comunicación desmodulada en función del sistema psíquico bi-nuclear así planteado, la cual reproduce las características de la comunicación primaria que formó a cada sistema. Así mismo se observa cómo, desde este tendido que generan los dos sistemas psíquicos, la sociedad es un sistema autorreferencial independiente del sistema psíquico, pero referenciado en aquél.

3. ESPECIFICACIÓN DE LOS ENLACES INTER-EPISTÉMICOS

Ahora avanzaremos con más detalle qué sucede cuando: a) entramos en el Complejo de Edipo con la teoría de Luhmann; b) entramos en el proceso de socialización con la teoría psicoanalítica; y c) aplicamos la resultante de lo anterior en el concepto de comunicación.

Para ahorrar expectativas infundadas, mediante este esbozo de procesamiento inter-teórico, las teorías no pierden lo que cada una tiene, que es, respectivamente, formalización y complejidad, sino que se aportan mutuamente lo que a cada una le falta. De este modo, la teoría de los sistemas sociales aumenta en complejidad, y el psicoanálisis gana en potencial de formalización.

3.1. Irreductibilidad del psiquismo a la conciencia.

Luhmann hace la siguiente apreciación acerca de las operaciones que constituirían a los sistemas sociales:

Se trata, en estas operaciones, de comunicación –y no de procesos psíquicos en sí, es decir, no de procesos de conciencia (Luhmann, 1984: 261).

¿Por qué reduce al sistema psíquico a los procesos de conciencia? Desde el punto de vista freudiano el ego y alter mencionados por Luhmann, no son procesos de conciencia, sino aparatos que operan *en sí* – y el uno respecto del otro—, contactándose en niveles de información producidas con o sin reconocimiento.

En su origen, el cachorro humano (que es un sistema psíquico en ciernes, desposeído de *ego* y de conciencia) se relaciona con un *alter* que es un aparato psíquico ya desarrollado que ocupa la posición de función materna. Que sea un aparato desarrollado, significa que el sistema psíquico en cuestión se encuentra polarizado por el ego y la conciencia, pero no reducido a ellos.

El alter es para el cachorro un representante que hiper-condensa celularmente a la sociedad, de modo que el recién nacido se sumerge en el mundo –para él brutal— a través de ese *alter*-ADN-socializador que opera como *barrera* sensible y primer catalizador, ubicado entre la cría y la realidad abominable (10). Toda una tradición psicoanalítica, se ha desvivido por llevar a primer plano la complejidad y

contingencia de las *comunicaciones* —y, como veremos, las in-comunicaciones—que en ese momento fundacional del sistema psíquico se suceden.

Esta primera experiencia del cachorro con el *Otro*, graba una primera capa de *elementos*, conjunto de sensaciones originales, que Freud llama PS (*Perception signs* o signos de percepción). PS funcionará como núcleo identitario. Pero es un núcleo, ya que será en realidad un núcleo que entorna, que funciona como entorno del resto del psiquismo, ya que *penetrará* con su complejidad al resto de las estructuras, pero se hará a sí mismo inaccesible a la penetración, constituyéndose en un núcleo de inconciente absoluto, inaccesible a la representación, a la significación, pero que imputa sobre todos los sistemas una polarización organizante, comparable a la fuerza gravitatoria. Esto desde el punto de vista epistemológico conduce a pensar que el psicoanálisis teórico puro, ya desde su misma base, está elaborado en términos sistémicos. Porqué sucedió esto, no es un acto de mera intuición, sino que simplemente la base heurística del psicoanálisis era la física y la biología de entonces, con lo cual hay ciertas propiedades sistémicas que evidentemente fueron intuitas a partir de esa operación.

3.2. Elemento y representación.

Está claro que Luhmann reduce el sistema psíquico a la conciencia. En relación a los elementos que la forman expresa: “Independientemente de cómo se designen las unidades elementales de conciencia (dejamos de lado la distinción entre ideas y sensaciones y hablaremos de representaciones), sólo el arreglo de esos elementos puede producir elementos nuevos” (Luhmann, 1984: 268). Pero como analizamos anteriormente, no es posible dejar de lado la diferencia entre ideas y sensaciones. Si bien podemos hablar de representaciones, estas surgen en función del contraste diferencial que le oponen una serie de elementos irrepresentables, inaccesibles a la significación, que serán su núcleo y su entorno, tal como el vacío es simultáneamente núcleo y entorno del anillo.

Hecha esa salvedad fundamental, Luhmann al igual que el psicoanálisis, se va a referir a los elementos psíquicos en términos de representación. En psicoanálisis la huella sensorial es la marca que la *cosa* deja en el psiquismo, su representante. Por ejemplo, la huella del olor de la piel materna, es la representante psíquica del olor real. El mundo de las ideas emerge cuando los representantes psíquicos de la cosa comienzan a remitir unos a otros, conformando circuitos cerrados de significación y de sentido, pero que a la vez están abiertos a su entorno, allí referenciados (11), y por eso son cada vez más abarcadores.

La emergencia del sentido en el interior del aparato psíquico, requiere del acceso a la temporalidad que posibilita el pasaje de la simultaneidad a la contigüidad en la inscripción de la representación. Temporalidad impuesta por los distintos ritmos que impone la vida (respiratorios, nutricios, excrementicios, espaciales, etc.). Cuando la huella del olor, se anexa a la huella contigua del tacto, y ésta a la del registro sonoro de la voz, y todo esto se percibe como proveniente de la misma *res-materna*, las tres huellas sintetizan una unidad gestáltica autopoiética que configura una primera idea de la madre. A su vez esta idea, puede comenzar a remitir a otras unidades ideativas igualmente formadas. Las “ideas puras” no existen. Sólo existen composiciones de elementos simples que cuando se constituyen en circuitos autopoiéticos generan un plus gestáltico captado por la percepción como idea. Y cuando la percepción se transforma a sí misma en fuente de estímulos, se funda la base de la conciencia propiamente dicha.

Esta estructuración de la idea basada en *elementos*, tiene las más severas consecuencias en el sistema social. En la vida social, es decir, comunicacional, el olor de una mujer cualquiera, puede despertar aquel registro sensorial específico del olor que remite a la *res-materna*, pero la sensación reactividad

queda desconocida, dislocada en función de ese falso enlace (12). El sistema psíquico así contactado, *comunicará* portando ese falso enlace metonímico, lo que es capaz de generar los más grandes efectos en las comunicaciones y comportamientos sociales que Ego mantenga respecto de Alter.

Este acopio de *información* que se genera a espaldas del reconocimiento perceptivo-conciente de Ego y Alter, es inherente al sistema psíquico y se plasma, sucesiva y recursivamente, en el sistema social, con cada acto de comunicación. Por lo tanto, la comunicación así concebida, complejiza a través del quantum de *información* que se registra a espaldas del reconocimiento y por intermedio del falso enlace. A este quantum de comunicación dislocado, lo llamaremos *in-comunicación*.

No puede una teoría de la sociedad basada en la comunicación, ignorar que desde hace un siglo el Psicoanálisis postula que todo contacto social supone una *doble carga de selección de contacto* en función de la dislocación que organiza al sistema psíquico como estructura de doble núcleo descentrado. Es decir, la comunicación se fija entre un Ego y un Alter que son, cada una por su parte, máquinas bi-pensantes que se autocontienen, se autorreproducen y están individualmente abiertas a todo el entorno, pero que sin embargo se penetran, formando una unidad psíquica de doble pensamiento esquiado.

3.3. Bi-nuclearidad, polarización y comunicación.

Consciente e inconsciente son sistemas autorreferenciales, abiertos al entorno. La unidad que ambos forman, y que se denomina *sistema psíquico*, es autorreferencial y abierta al entorno también. Son como dos engranajes del mismo sistema, o como el 0 y el 1 del sistema binario. Por eso las posibilidades de desintegración total o parcial del sistema psíquico, son empíricamente observables, sólo basta con recorrer un psiquiátrico.

La reducción luhmanniana del sistema psíquico a la conciencia, equivale a quitarle a la cibernética el 1, o a la química los electrones. Sin polarización no puede haber sistema.

De esta forma, la comunicación y el sistema social resultante debe calcularse como bi-nuclearidad psíquica al cuadrado, lo que configura un tipo de comunicación humanamente impenetrable. Si a esto le agregamos los potenciales de selección no realizados, innúmeros psiquismos esparcidos en el espacio y en diferentes sistemas y entornos, y si además agregamos la variable tiempo que crea la dimensión de la memoria sistémica, obtendremos una visión inconcebible de la sociedad, pero a pesar de ello organizada y formalizable.

El sistema social debe calcularse contra el cuadrado de la bi-nuclearidad, elevado a la complejidad interpenetrada de psiquismo y sociedad, elevado a la autopoiesis que cada elemento y cada Gestalt sistémicos poseen. Por eso cada emisión comunicacional devenida de esta realidad ominosa, porta híper-condensadamente las características de dislocación y bi-nuclearidad de la totalidad, de modo que cada célula comunicacional y cada célula psíquica, reproduce, estén donde estén, el mismo sistema.

Dice Marx: “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (1854: Marx, 11). Intuiciones de ese tipo presentes en los clásicos de la sociología moderna, o de la filosofía desde Sócrates hasta Freud, han sido expresadas como intuiciones, pero podrían adquirir en el futuro base matemática. Sea como fuera, no podemos atribuir la bi-nuclearidad al sistema psíquico o social por separado. Probablemente ella forme parte de un nivel de abstracción sistémica mayor, del que el sistema psíquico y social participan.

A partir de esta sumaria consideración esbozamos la complejización del sistema psíquico que Luhmann reduce inexplicablemente a los procesos de conciencia, dando la espalda a toda una tradición teórica.

Con esto la teoría de Luhmann gana en posibilidad de complejización, el psicoanálisis en posibilidad de formalización. Ahora avanzaremos en un aspecto central para Luhmann y Freud: la conciencia.

3.4. Origen comunicacional del Ego y de la conciencia.

La conciencia supone un polo observador que observa el acto de observar su propia observación, sea lo que sea que ésta observe: un elemento de sí, *a sí misma* como unidad, un elemento de otro o al otro como unidad. Por eso lo importante de la conciencia no es su objeto, sino su mecanismo. La conciencia en este sentido no es un proceso, sino un dominio en el cual rige un determinado acto, o un dominio dentro del cual ese acto puede aplicarse.

La conciencia se basa en que la percepción pueda percibir su propio acto de percibir. La conciencia como sistema, no emerge autorreferencialmente. La conciencia no es innata, sino que aparece en el seno de una comunicación que la instituye. La conciencia es una posibilidad. Esta comunicación asignará una polarización y una gravitacionalidad a un sistema de representaciones que en determinado momento se convierten en un circuito autorreferencial que es capaz de designarse a sí mismo como *ego*, autorreferencial pero anclado en el otro. No es una autorreferencialidad absoluta. No existe la absoluta autorreferencialidad, ni siquiera en el campo de la biología humana. El cuerpo parece no poder sostenerse por sí mismo si pierde la posibilidad de imputarse, una y otra vez, contra otro sistema de su entorno. La biología se un bebé se desvanece si no se imputa contra otro. El deterioro psíquico, la locura, implica una trasmutación también del cuerpo.

Lo que *ego* designa es ya una selección de estado operada desde la diferencia sistema/entorno efectuada por una observación exógena. Para que aparezca el sistema autorreferencial contenido en el *Yo soy*, debe haber previamente una serie de actos comunicativos primarios originadores y exógenos registrados en la semántica del “*Tu eres*”. Por lo tanto el *Yo* es una implantación operada *por* y *en* la comunicación, en el sentido bi-nuclear complejizado.

El dicho “*Tu eres*” es una emisión bi-nuclear recibida como *input* por el cachorro, que permite a la cría erigirse como sistema psíquico en función de ese flujo, hasta hallarse a sí mismo y sucesivamente construir una *imagen de sí*, un *sentimiento de sí*, una *conciencia de sí*, hasta formar un núcleo óptico gravitacional inconciente que polariza al sistema psíquico en función de las leyes del sentido. No hay esencia.

Una vez formado, el *Ego* podrá representarse así mismo de diversas formas, pero lo esencial es que ante cada representación autopoietica, ante cada auto-observación del *Yo* sobre sí-mismo, el *Yo* reproduce de forma ominosa, una y otra vez, y cada vez para-sí, la diferencia sistema/entorno, conciente/inconciente --yo/otro, la alienación que lo funda diría Lacan— en la que sucesivamente el *Yo* se precipita y re-precipita. Este proceso concluye, en lo individual, inevitablemente con la muerte, pero como quizás lo intuye Borges en su *Poema de los dones* (13), si pudiéramos congelar al instante previo, observaríamos fragmentación, un yo plural, que se gestaltizará una y otra vez, sobre la base de una diferencia sistema/entorno primaria, que no puede caer bajo el efecto licuante de la conciencia. La condición de posibilidad de la conciencia, es que su anclaje exógeno “internalizado”, el entorno que la sostiene y desde donde es observada, no pueda caer bajo su dominio.

El *Yo* y la conciencia así concebidos y diferenciados, no existen desde el origen. Por ello, si bien un *cachorro humano* (14) percibe, su percepción no supone *conciencia* ni *yo*, sino tan solo un puro *input*, que no es catalizado, todavía, por el *input* del *input* que supone la conciencia, esto es, la autorreferencia. Para ello faltará que el cachorro se auto-diferencie del Alter en función de un espejo

referencial, y que luego comience a aplicar sobre sí mismo la diferencia sistema/entorno para que se constituya la bi-nuclearidad a partir de una sintonía fina con el flujo desmodulado de la comunicación.

Por ello, en el inicio, el puro input de la cría humana es equivalente al puro *input* que posee la hoja de un árbol, de la que no podríamos decir que es conciente de sí, es decir, que reconoce su propio acto de percibir el entorno. Pero aun la pura percepción de la hoja o del gusano posee la cualidad fundamental de la conciencia que es la temporalización:

La consecuencia más impresionante de esta teoría de la temporalización es que propicia una novedosa interdependencia de disolución y reproducción de los elementos. Sistemas con complejidad temporalizada dependen de la desintegración constante, la cual crea, de cierto modo, espacio y demanda para los elementos subsiguientes, es causa concomitante y necesaria para su reproducción. (Luhmann, 1984: 69)

3.5. Autosocialización, doble contingencia e interpenetración.

Por socialización Luhmann entiende el proceso (15) que, mediante la interpenetración, forma al sistema psíquico y el comportamiento corporal controlado del ser humano. Luhmann considera que la socialización es siempre autosocialización, ya que su procedimiento fundamental es la reproducción autorreferencial del sistema que efectúa y experimenta la socialización en sí mismo.

A propósito de lo que denomina autosocialización, podemos señalar lo que Lacan (1949), bastante antes que Luhmann, propone respecto del estadio del espejo como formador del yo. El psiquiatra francés propone considerar el *input* anticipado que el cachorro humano recibe de la unidad gestáltica del propio cuerpo a través de la observación de la imagen de su reflejo en un espejo o, por caso, simplemente otro cuerpo en el que se *refleja* reconociendo-se. En esa instancia, el sistema psíquico por auto-observación de su propia observación, experimenta en ese registro de comunicación ideal con *otro*, una unidad que en el registro real de la experiencia fáctica del cuerpo no experimenta. Se produce así uno de los primeros efectos de *información* propiamente dicha que cambia el estado del sistema: la experiencia corporal fragmentada se precipita en una imagen gestáltica gestionada, evidentemente, en la comunicación y que en el largo plazo será el pilar del yo y de los contactos sociales que éste entable, pero que en lo inmediato resulta paradójica respecto de las sensaciones de fragmentación de su experiencia corporal primaria.

La experiencia corporal fragmentada se precipita en la Gestalt del alter. Se origina así en la comunicación, una instancia del yo (16) bi-nuclear (fragmentación / Gestalt) por medio de la auto-observación, que el sistema psíquico sólo logra, alienándose en la mirada que lo observa y desde la cual comienza a observar-se.

Ahora bien, esta mutua relación entre cajas negras que se entabla entre un Yo y Otro, que en Luhmann intervienen en el plano de la socialización y de la comunicación, y por lo tanto en la generación de sentido, es una relación que excluye la *necesidad* y la *imposibilidad*, por lo tanto, todo lo que en su seno sucede es *contingente*, en el sentido de que es de una forma pero pudo ser de otra. La doble contingencia sistémica de lo que en cualquier caso sucede es lo que fija la singularidad del sistema psíquico, su particularidad identitaria en los tres pilares de la conciencia yoica: conciencia corporal, sentimiento de sí y conciencia de sí. Y todo ello en el registro del *Tu eres* fundante que propicia el Alter mediante la palabra y la imagen (melódicas, visuales, olfativas, etc.).

Estas “tres conciencias” no se generan sobre la nada, sino sobre registros más primitivos del yo, generados por diferenciación sucesiva (Maldivsky). El yo real se refiere a los primeros rastros que la

comunicación deja en el sistema psíquico. El yo placer se refiere a las primeras operaciones de diferenciación sistema/entorno del yo en función del par binario placer-displacer, de modo que todo aquello que produzca displacer es expulsado del yo. El yo piel aparece cuando el sistema psíquico logra diferenciar determinados límites corporales del entorno de esos límites. Y por último el yo ideal que supone la precipitación en el molde gestáltico aportado por el otro.

Esto armoniza con la siguiente idea de Luhmann : “Esto sucede por reforzamiento del autoenlace y en la consternación que se padece al poner en juego la diferencia *satisfacción/desilusión* (...) El proceso de adaptación interna a las satisfacciones o a las desilusiones es más complejo y aparece en el sistema como sentimiento” (Luhmann, 1984: 274). Es por lo menos llamativa, como ya lo indiqué antes, la omisión del psicoanálisis en su reflexión.

La comunicación es originadora del sistema psíquico y de la conciencia. Pero en psicoanálisis hay comunicación antes de que la conciencia emerja con su intrínseca polarización, porque que no haya conciencia, no significa que el sistema psíquico en formación, no tenga posibilidades de percepción, reconocimiento y selección. Y digo que *hay* comunicación, porque la cría humana no recibe pasivamente los estímulos, las emisiones, sino que aun no teniendo conciencia en el sentido expuesto, las reconoce, y responde con selecciones que le son propias y que son de su entero dominio.

Según el Psicoanálisis, podemos pensar que la conciencia polariza solamente al sistema de representaciones que sólo pueden reproducir su autopoiesis. Por lo tanto esta capacidad de la conciencia está reducida al registro de las representaciones-palabra, pero la representación como sistema de mayor abstracción, no se reduce a la palabra. De ahí que el inconsciente esté formado, también como la conciencia, por representaciones, pero de un orden diverso a las palabras, que fueron llamadas por Freud representación-cosa.

Estos dos universos de signos se penetran, pero son mutuamente ciegos y están dislocados: la representación-cosa trata a la representación-palabra como cosa, y la representación-palabra sólo podría tratar a la cosa como palabra, pero hay una diferencia *voltaica* que lo inhibe. Hay así un mutuo rechazo, una diferencia de carga voltaica y de proceso gramático organizante. Por esta razón el psicoanálisis, cuando piensa a la sociedad como sumatoria de comunicaciones, no puede evitar trasladar esta complejidad al campo de la comunicación, que es de donde la complejidad en verdad también proviene.

Quizás no podríamos decir que una rata es consciente de la percepción de las selecciones que realiza entre estados posibles, por ejemplo en un laberinto, pero igualmente reconoce al entorno y efectúa selecciones. Pensemos solamente en lo que Luhmann dice respecto de los sistemas con complejidad temporalizada, como puede ser la conciencia: “Todos los elementos desaparecen, no se pueden sostener como elementos en el tiempo, es decir, tienen que ser producidos constantemente con base en la constelación de elementos actuales. Reproducción no quiere decir, entonces, simple repetición de la producción de lo mismo, sino producción reflexiva de productos” (Luhmann, 1984: 70).

Pero la conciencia psíquica, más allá de lo que contingencialmente es *conciente*, lo que hace es reproducir la invariancia inconciente nuclear sobre la que se apoya, devenida a su vez de una experiencia contingente, que es la experiencia del *Tu eres* implantado en la comunicación primaria.

Por eso la conciencia no destruye al psiquismo, pero en casos muy específicos, tiene el poder de transformarlo posibilitando ciertos cambios, porque introduce modificaciones en selecciones de estado ya hechas, es decir, cuando la conciencia alcanza el sistema representacional ínsito en el *Tu eres* puede licuar y reescribir.

El borde operacional de todo esto radica en la imposibilidad que hacer caer dentro de la conciencia la *reproducción* de la experiencia que la funda, ya que ello conduciría a la licuación de la conciencia, porque implica la liquidación de aquello que permite la autorreferencialidad.

Un sistema psíquico que cayera en ese estado, sería híper transparente, y la recursividad de las sucesivas autorreferencias desencadenaría un fenómeno de híper conciencia inconcebible, ya que se daría un desanclaje de aquello que posibilita a la conciencia. Por ello según Luhmann, la temporalización únicamente es posible en sistemas autorreferenciales. Pero esto también significa que los efectos de la temporalización son instaurados en la autorreferencia: “El sistema no sólo se agita, lo hace también a causa de su agitación. Posiblemente la agitación causada por la agitación aumente la agitación. De allí la pregunta acerca de si existen barreras para la autoinestabilización y si al transgredirlas el sistema evoluciona hacia la destrucción, además de cómo controlar, en su caso, esas barreras” (Luhmann, 1984: 70). Claro que existen barreras para la auto-inestabilización, al menos en el sistema psíquico, esas barreras existen, y son infranqueables hasta el punto de que toda la teoría psicopatológica descansa en ese hecho.

Según cierto Psicoanálisis existe una imposibilidad intrínseca del sistema psíquico de realizar cambios estructurales en sí mismo, es decir, de propagar la conciencia por todo el sistema, ya que la conciencia se estructura sobre una estructura yoica que estructura la función conciente que intentaría la reestructuración. Si la función conciente, con su cualidad temporalizada, se dirige a la estructura yoica que la sostiene, entonces la temporaliza, y por lo tanto la licúa e híper-conciencializa, desintegrándola.

Por lo tanto el psicoanálisis da respuestas categóricas a la pregunta de Luhmann: el sistema psíquico pone un límite a la temporalización que la conciencia ejerce sobre el sistema psíquico. Ese límite está dado por la imposibilidad de la conciencia de hacerse conciente de lo que le permite ser conciente. Este hecho reduce a la conciencia a un ámbito, diferenciándola contra un entorno que, a pesar de ello, queda subsumido bajo el mismo sistema psíquico. Comprobamos así cómo se estructura la interpenetración sistémica, en donde el sistema psíquico y el sistema social se hacen mutuamente imprescindibles.

La conciencia temporalizada se apuntala en ese vértice específico emergido de la doble contingencia, que no se temporaliza, y por tanto no se desintegra, haciendo posible la emergencia de otra polaridad. Esto hace que las sucesivas desintegraciones que se dan en la conciencia, para permitir fluir sucesivamente las percepciones de las percepciones sin que se produzca acumulación, se articulan con un punto de observación exógeno que, a pesar de ser fruto de la contingencia, permanecerá invariante, dando mismidad al sistema psíquico, y previsibilidad al sistema social, a pesar de la inestabilidad inherente que ambos se propinan. Lo que en ese punto de invariancia se habrá gestado es, a su vez, fruto de la comunicación y base de la memoria.

Pero este fenómeno de interpenetración no sólo acontece para el caso de la precipitación elementos en la Alter imagen totalizante que forma a Ego. Lo propio acontece con la instauración del *deseo*, del *lenguaje* y de la *autoridad* y, en términos psicoanalíticos, su efecto inmediato: la conciencia por un acto de reflexión de la percepción sobre el acto de percibir un percepto.

Lo esencial a retener entonces, desde el punto de vista inter-epistemológico, son los elementos teóricos de una teoría que complejizan sintónicamente las observaciones que la otra realiza.

4. CONCLUSIONES

El sistema psíquico es un sistema de elementos (17) y una serie articulada de organizaciones de elementos cuya estructura fundante es un flujo comunicacional nucleado en el sistema social designado como complejo de Edipo, que concebimos como sistema socializador.

Si bien no podemos extendernos ya en este lugar sobre especificidades teóricas, es importante decir que ese sistema señala una escena comunicacional de tres posiciones y, simultáneamente, las inversas proporcionales de cada una, de modo de que existen, superpuestos y simultáneos, una versión positiva y otra negativa del mismo sistema. No encuentro impedimento para que la escena completa sea traducida en términos de la teoría social de Luhmann, siempre y cuando se hayan zanjado los aspectos antes mencionados en relación a la reducción concienzialista luhmanniana.

Si despojáramos a esa escena de su andamiaje mitológico, tirando por la borda toda mitificación derivada del cuento de Sófocles, y si además de desmitificar el concepto, pudiéramos lavarlos de la vulgarización que ha sufrido durante cien años, la ecuación social así reducida se transformaría en objeto sociológico, sin que ello implique que el psicoanalista deje de reconocer y analizar los rastros imperecederos que ese sistema implanta en la cría humana.

El sistema social que aislamos es el sistema social elemental, operador primordial del dispositivo socializador, mecanismo inductor, estructura transformacional y esquema implantador del pilar en el que se suelda la aleación, la interpenetración y el contrato social, predestinando la mutua co-evolución, del sistema psíquico y del sistema social, en el interior del sistema psíquico y del sistema social.

La diferencia conciente/inconciente no es inherente al individuo ni a la sociedad, sino que, al igual que el sentido, pertenece a un nivel de abstracción sistémico mayor.

Por eso el inconciente no es individual ni colectivo, sino que *es* propiedad del sistema del que es propiedad, y al que el psiquismo y la sociedad pertenecen.

El sistema psíquico, al igual que el sistema social, y al igual que los dos en su conjunto, se inter-entornan, se inter-nuclear y se inter-gravitan en función de la diferencia sistema/entorno propagada desde el operador sistémico que Freud llamó *inconciente*.

La bi-nuclearidad se propaga en las mentes y en las comunicaciones, en función del nivel de abstracción sistémica al que el sistema social y el sistema psíquico pertenecen. Por lo tanto, las sociedades y las mentes son también función de la propiedad *inconciente*, que no es propiamente psíquica o social.

El sistema psíquico propiamente dicho es una unidad temporalizada de procesos de percepción y conciencia, irreductibles a los procesos de conciencia, ya que se imputa contra el operador *inconciente* que las estructura.

Las comunicaciones no son comunicaciones entre conciencias, sino entre bi-nuclearidades opacas que se inter-gravitan: que en general no entienden *lo que se dicen*, ni entienden ellas mismas *lo que dicen*, ni se entienden ellas mismas.

En la comunicación se proyectan las fuerzas bi-gravitacionales de cada sistema bi-nuclear que se contacta. La mutua nebulosidad de ambos sistemas psíquicos así se multiplica, al ritmo que se multiplica la sociedad que este tipo de comunicación reproduce.

La interpenetración se opera por medio de la socialización mediante un operador, que es un sistema social sintetizador de todas las comunicaciones, que el Psicoanálisis tuvo que elaborar —por vacíos epistemológicos propios de la sociología de entonces— y que dio en llamar, con la Antigüedad pre-socrática y no sin genialidad, complejo de Edipo.

El resultado de la socialización por intermedio de ese sistema social es una estructura autopoiética formada referencialmente contra el dispositivo socializador, que el Psicoanálisis llamó Narcisismo.

Pero el complejo de Edipo y el Narcisismo son mitificaciones de propiedades sistémicas genuinas, que pueden ser epistémicamente reformulados como sistema social y núcleo autopoiético anaclíticamente soldado en la comunicación.

Ambos se implantan en el sistema orgánico llamado “cachorro humano”, haciendo emerger al sistema psíquico.

Es necesario desmitificar al psicoanálisis llevándolo a un grado de formalización mayor, que quizás pueda hallar, en la teoría de los sistemas así concebida. Además es necesario refundar, por lo menos, a cualquier teoría de la sociedad por fuera de la renegación epistemológica de la propiedad inconciente, clave de la comprensión social.

En definitiva, el análisis inter-epistemológico ensayado nos condujo hasta un punto que apenas esbozamos, pero que puede servir como matriz de observación inter-teórica.

Es necesario que las intuiciones clásicas sobre la *psyché* y la sociedad, dentro de las cuales se cuentan las de Marx, Luhmann y Freud, adopten algún día una base epistemológica formal, abstracta, uniforme y no ecléctica, perteneciente a un mismo nivel de abstracción epistemológica homogéneo.

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. (Karl Marx)

El estado del arte permite a las pequeñas ciencias con grandes empresas, reasegurarse una continua actualización epistemológica que no podrían obtener *per se*. Luhmann y Freud, como dos pensadores anti-humanistas, no vacilaron en utilizar la misma plataforma epistémica para gestar sus teorías.

El hecho de que seamos humanos no obliga a modelar la realidad antropocéntricamente. Evitar hacer gravitar las teorías en tópicos no humanos es un prejuicio, un resabio del animismo:

¿Quién podría sostener, seria y ponderadamente, que la sociedad puede aún configurarse a imagen y semejanza del ser humano? (Luhmann, 1984: 221)

Sin embargo, sorprendentemente todo se desarrolla en el registro de una *expectativa* conciente que desmiente la realidad, y que configura una escena kaffkiana de cómo *si* todos se supieran a sí mismos, quién es uno y quién es el otro, lo que se dicen y lo que se hacen, lo que pasó y lo que pasa; *como si* verdaderamente *se* entendiera donde se está, con quiénes, porqué y para qué.

En fin, en el universo inescrutable, se erige una sociedad de ignotos aparecidos nebulosamente *conscientes de sí*, que se comportan *como si* comprendieran un ápice los sucesos y los procesos que entrelazadamente se suceden sin cesar y, como si fuera una reminiscencia medieval, intentando todavía, en el campo de las ciencias humanas y sociales, hacer girar el universo alrededor de sus pies.

REFERENCIAS

- (1) Cfr. Sigmund Freud, Proyecto de Psicología para neurólogos (1895), obra rectora del psicoanálisis. Allí Freud expresa: “El propósito de este proyecto es brindar una psicología de ciencia natural, a saber, presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables, y hacerlo de modo que esos procesos se vuelvan intuitivos y exentos de contradicción. El proyecto contiene dos ideas rectoras: concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una Q sometida a la ley general del movimiento, y suponer como partículas materiales las neuronas” (1895: 339).
- (2) Cfr. Michel Foucault, Las palabras y las cosas, en especial el punto sobre Psicoanálisis y etnología en el capítulo sobre las ciencias humanas.
- (3) De acuerdo a Luhmann: “La formación de expectativas es una técnica primitiva por antonomasia. Puede manejarse casi sin condiciones previas. No presupone saber (o describir) quién es uno y tampoco presupone conocer a fondo el entorno (...). Lo único que exige como indispensable es que la expectativa sea autopoieticamente utilizable, es decir, que preestructure suficientemente el acceso a las representaciones de enlace” (1984: 273).
- (4) Respecto de esta diferencia, Luhmann expresa: “La teoría de sistemas parte de la unidad de la diferencia entre sistema y entorno. El entorno es constitutivo de esta diferencia y, por lo tanto, no es menos importante que el sistema mismo. (...) El entorno puede conservar aspectos que para el sistema pueden ser más importantes (...) que los componentes mismos del sistema, pero también la alternativa contraria es teóricamente comprensible”. (1984: 221)
- (5) El sistema social que el Psicoanálisis teoriza es el complejo de Edipo. Hay quienes afirman que es una estructura endopsíquica innata facilitada desde la sociedad, y hay otros que afirman que es de apuntalamiento enteramente exógeno.
- (6) Edipo es el humano que, sin saberlo, es arrastrado por las fuerzas del destino a irremediablemente cometer parricidio e incesto, y luego cuando se hace consciente de lo cometido, se arranca a sí mismo los ojos y se abandona al desierto.
- (7) Narciso, debido a su orgullo, fue castigado por Némesis a quedar capturado en la imagen de su propio reflejo, desarrollando consigo mismo una relación de afecto entrópico que lo condujo a la muerte.
- (8) Es claro que este trabajo es una simple aproximación, a un tema que requiere mayor análisis bibliográfico y espacio analítico para desglosar cada tema.
- (9) Es en ese registro comprensivo en el que Luhmann parece registrar a la formulación teoría psicoanalítica.
- (10) Brutalidad insimbolizable, carente de sentido, desintegradora.
- (11) Dentro del entorno de los circuitos o sistemas representacionales, se halla también el sistema psíquico que no puede establecer contacto con esos sistemas representacionales por efecto de una dislocación.

(12) Inconciente.

(13) Al errar por las lentas galerías / Suelo sentir con vago horror sagrado / Que soy el otro, el muerto, que habrá dado / Los mismos pasos en los mismos días. / ¿Cuál de los dos escribe este poema / De un yo plural y de una sola sombra? / ¿Qué importa la palabra que me nombra / si es indiviso y uno el anatema?

(14) Luhmann habla de ser humano cuando se refiere en simultáneo al sistema orgánico y al sistema psíquico, que se inter-entornan (Luhmann, 1984: 219). En cambio, en psicoanálisis cachorro humano hace referencia al sistema orgánico aun sin sistema psíquico desarrollado o que el mismo se encuentra en ciernes.

(15) En relación al concepto de estructura y proceso, Luhmann expresa: “Las estructuras detienen el tiempo de manera reversible, puesto que mantienen abierto un repertorio limitado de posibilidades de selección. Se les puede suspender, cambiar o, con su ayuda, ganar seguridad para realizar transformaciones en otro sentido. Los procesos, por su lado, marcan la irreversibilidad del tiempo, consisten en acontecimientos irreversibles. No pueden ir hacia atrás.” (Luhmann, 1984: 65).

(16) Que si bien no es la primera que se diferencia, es quizás la primera que se diferencia por auto-observación.

(17) Para el psicoanalista argentino David Maldavsky esas "organizaciones representacionales se articulan de diferentes modos con los desarrollos de afectos, con las identificaciones y con las funciones en el aparato psíquico, y permiten operar transformaciones sobre la energía pulsional circulante en el sistema (1982: 25).

BIBLIOGRAFÍA

Corsi, Baraldi y otros; Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann, Universidad Iberomaricana, 2001.

Freud, S.; Obras Completas (1885-1939), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1998.

Lacan, J.; El Estadio del espejo como formador de la función del yo (je) (1949), Escritos I, Siglo XXI Editores.

Luhmann, N.; Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna (1984), Ediciones Paidós, 1997.

Luhmann, N.; Sistemas Sociales. Lineamientos para una teoría general (1984), Alianza Editorial, 1992.

Maldavsky, D.; El complejo de Edipo positivo (1984), Amorrortu Editores.

Marx, K.; El dieciocho brumario de Luis Bonaparte (1852), Ediciones Ariel.

Weber, M.; La ética protestante y el espíritu del capitalismo (1905), Ediciones Península.